

RECENSIONES

7. BOUYER, L., *Del protestantismo a la Iglesia*, Madrid: Encuentro, 2017, 322 pp., 22 x 15 cm.

Enmarcada en el contexto de los múltiples actos de conmemoración y obras publicadas con motivo del quinto centenario del inicio de la reforma protestante, el 31 de octubre de 1517, esta traducción al español de la obra de Louis Bouyer, aparecida en 1959, tiene que ser considerada como un acierto editorial. Pues como dice, en el prólogo, Monseñor don Adolfo González Montes, esta obra “es una de las piezas de la literatura teológica del siglo XX imposible de ignorar”. Louis Bouyer (1913-2004), nacido en París, en el seno de una familia luterana, tras sus estudios de lenguas clásicas y teología, en París y Estrasburgo, fue ordenado pastor de la Iglesia luterana, pero solo tres años más tarde, en 1939, cuando cuenta con veintiséis años, se convierte y es recibido en la Iglesia católica como sacerdote. Doctorado en teología por el Instituto Católico de París, despliega una notable actividad teológica, atenta por igual a la patrística, a la liturgia y a la espiritualidad, que le lleva, junto con Von Balthassar y de Lubac, a la fundación de la revista

Communio, en 1972, y a su nombramiento como miembro de la Comisión Teológica Internacional, entre 1969 y 1979.

Para todo aquel que quiera tener una idea profunda y una explicación coherente de los logros espirituales y de las contradicciones internas del protestantismo, el libro de Bouyer ha de ser considerado como un instrumento imprescindible. Se trata también de una reflexión marcada por una sincera voluntad de diálogo y por una sensibilidad ecuménica que invita a un esfuerzo para realizar la plenitud de la verdad evangélica. A través de todas sus páginas se demuestra con claridad el grado de comprensión y de conocimiento que Bouyer tiene del protestantismo. No solo se trata de ese conocimiento puramente intelectual del estudioso, del cual, por otra parte, Bouyer da cumplida muestra. Más bien, lo que rezuma de sus páginas es la profunda asimilación de alguien que ha vivido cotidianamente la fe protestante y que, desde dentro de sus prácticas, de sus textos, de sus himnos y de su historia, hace comprensible el itinerario intelectual que lo lleva al catolicismo. No se trata de una biografía, como pueda ser la *Apología pro vita sua* de Newman, a cuya figura Bou-

yer puede ser comparado en muchos aspectos, sino que se trata de un pensamiento teológico vivido, un testimonio intelectual en el que los posibles desgarros, rechazos sociales y luchas interiores, que habrían de acompañar necesariamente su camino hacia el catolicismo, apenas se dejan vislumbrar.

Parte Bouyer del carácter positivo que tienen los principios básicos del protestantismo. Comenzando por los principios “sola fide”, “sola gratia”, íntimamente unidos entre sí, se sitúa su origen en el sentimiento de impotencia experimentado por Lutero. La intuición fundamental de éste fue que el hombre no podía salvarse por sus propias fuerzas o por sus obras, sino que la salvación es una gracia, un puro don de Dios, que solo puede ser acogido por la fe. Entendida así, esta afirmación protestante tiene un sentido plenamente cristiano y católico, como lo demuestran los cánones del segundo concilio de Orange, de 529, en los que se condena al pelagianismo. En cuanto al principio “sola Scriptura”, implica un redescubrimiento espiritual de una gran fecundidad: la idea de que es en la Biblia donde se encuentra la Palabra viva que, partiendo del corazón de Dios, viene a tocar el corazón del hombre, como una buena noticia que, en definitiva, es Cristo mismo. Tampoco aquí encontramos contradicción con la tradición católica, pues ya san Jerónimo había dicho *Ignoratio scripturarum, ignoratio Christi est*, y junto a él, muchos como san Agustín, san Bernardo o santo Tomás, desarrollaron

una auténtica piedad bíblica. Por último, también el principio “soli Deo gloria”, está en perfecta armonía con la lucha contra la idolatría, condenada en el primer mandamiento del decálogo (Ex 20, 37), y que, por tanto, es el primer pecado frente al que todos los cristianos habrían de ponerse en guardia. De hecho, la máxima jesuítica *Ad majorem Dei gloriam*, reproduce la intuición de aquel principio protestante.

Sin embargo, estos principios afirmativos, de inspiración evangélica, estaban orientados por el elemento negativo de un anticatolicismo total, que iba mucho más allá de las críticas coyunturales a algunas formas degeneradas de piedad, adoptadas por la Iglesia en el siglo XVI. Fue así como a todos los principios protestantes acabó por adherirse una correspondiente negación. Se negó que la gracia pudiera cambiar algo nuestra condición pecadora, se negó que la fe pudiera estar informada por la caridad, se negó el valor de la autoridad doctrinal de la tradición con respecto a la Escritura, y se negó, en fin, la posibilidad de cualquier actividad del hombre, a la que conferir un valor religioso. Todos estos principios negativos, y el anticatolicismo que los inspira, están presentes en el neo calvinismo de Karl Barth, al que Bouyer dedica unos muy finos análisis. El Dios de Barth, como dice Bouyer, es lo absolutamente trascendente e inalcanzable para el hombre. Por eso él, al condenar a Dios y al hombre a la más absoluta y recíproca exterioridad, declara la imposibilidad de que

el cristianismo sea una religión. Dios está en el cielo y el hombre en la tierra, dicen los barthianos, y sus discípulos van un paso más allá y afirman: “Que Dios se quede en el cielo, la tierra nos basta”.

El caso de Barth es solo la última y más destacada muestra de cómo el sistema protestante ahoga por su propio peso a las intuiciones afirmativas a las que pretendía servir. La causa última, tal vez haya que buscarla, según Bouyer, en el universo filosófico del nominalismo de Ockham, fundado en un empirismo radical. Así, históricamente, podemos ver cómo la religión de la *sola gratia* desembocó en las formas más extremas de pelagianismo, tales como el pietismo o el puritanismo. La religión de la *sola fide* dio lugar a formas de rígido autoritarismo y burocracia eclesiástica. La religión de la *sola Scriptura* termina por afirmar la soberanía de una Palabra de la cual nadie puede explicar lo que dice. Nada es cierto, dirá Bultmann, ni del contenido histórico de los Evangelios, ni de las enseñanzas atribuidas a Cristo. Por último, el principio *soli Deo gloria*, significa un aplastamiento del hombre y su encierro en un absoluto inmanentismo. Para evitar la idolatría, el hombre se ve abocado a un completo nihilismo que renuncia a la esperanza de que Dios pueda venir a él.

No obstante, Bouyer valora especialmente los intentos de determi-

nada espiritualidad reformada, que él bautiza como “revivals”, y que, al profundizar en los principios protestantes, desembocaron en un redescubrimiento del catolicismo. Entre ellos se pueden citar a una serie de hombres de Dios y pastores que, sin dejar de buscar una religión personal, trataron de romper los estrechos límites del subjetivismo. John Arndt, Spener, Zinzendorf y los hermanos moravos, John Wesley y los metodistas, Fox y los cuáqueros, son algunos de estos “revivals” que se muestran sensibles al catolicismo, a los místicos renanos y castellanos. Hay que destacar, en este sentido, las múltiples referencias que Bouyer hace a san Juan de la Cruz como punto de encuentro entre protestantes y católicos. En él, encontramos las más categóricas afirmaciones de los principios protestantes: la manifestación de Dios al alma por la fe, la soberanía de un Dios “que no consiente a otra cosa morar consigo en el mismo altar” o que dice tener “ya habladas todas las cosas en mi Palabra, que es mi Hijo”. Pero, al tiempo que se afirman aquellos principios, en Juan de la Cruz queda salvada la apostolicidad de la Iglesia católica. Pues escuchar a Cristo significa hacerlo “tal y como ahora lo da a entender toda la doctrina de los evangelistas y apóstoles” (2S 22, 4-5).-CARLOS EYMAR.